



¿DE QUÉ SUFRE EL NIÑO?¹

Gloria Patricia Peláez J.²

Suponemos al niño que sufre como aquel que tiene síntomas en su *comportamiento alimenticio*: desgano, o su contrario, el glotón; *en sus relaciones a pares*, compañeros o a los adultos, padres, maestros: desobediencia, agresión, o dependencia, exceso de actividad o aislamiento, pasividad; *comportamientos en su proceso de aprendizaje*: desatención, incumplimiento, fracaso en el saber o aprestamiento.

Estas manifestaciones o síntomas tradicionales en la infancia, porque podemos rastrearlas desde Freud, incluso antes de él cuando el niño nace para la ciencia como objeto de su preocupación de las recién constituidas en el siglo XIX: medicina, psicología, educación. Con Freud, los síntomas se perfilaron desde una vertiente novedosa al mostrar que ellos eran índice de un sujeto en pleno derecho, es decir, cabal, contrario a lo que desde estas disciplinas se presuponía como afecciones de un *sujeto en desarrollo*, es decir, de un sujeto que no es sino que llegará

¹ Ponencia presentada en Jornada Local Del interés del Psicoanálisis y otras ciencias. *Psicoanálisis con niños*. 20 de agosto de 2011. Medellín. Sede Foro, Antioquia, Colombia. Organiza: Foros del Campo Lacaniano Medellín.

² Psicóloga USB; psicoanalista, magister en Filosofía U de A; Profesora titular U de A. Departamento de Psicología. Coordinadora del grupo Psyconex: psicología, psicoanálisis y conexiones. Miembro de la Asociación Foros del Campo Lacaniano Medellín, miembro de la Internacional de los Foros y de la Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano, AP (analista practicante). Dirección electrónica: gppj14@yahoo.com



a ser, que será en el futuro; remarcando así su condición de objeto y de alienación al adulto.

Freud denunció, con su descubrimiento de la sexualidad infantil en tanto pulsional que lo hace activo, que *el niño es el adulto del mañana*; invirtió la fórmula poniendo en dependencia del niño el adulto del mañana, la neurosis del adulto no es más que la neurosis infantil. Borró Freud así las diferencias temporales, en el sentido cronológico, para introducir con la comprensión del niño la estructura fundamental en la que consiste la infancia.

De esta manera, el niño que sufre hoy, no sólo es el mismo que sufrió ayer, basta con relacionar la hiperactividad que hasta hace poco identificaba los problemas en el aprendizaje, diagnóstico que pululó con fuerza por varios años pero que ahora vemos desdibujarse o perder protagonismo o incluso, por qué no, asumirse al integrarse como características de los niños en la lógica cotidiana y en su lugar en cambio, se da paso a nuevas categorías que inician su ciclo de moda entre los diagnósticos de los profesionales, tal es el caso por ejemplo de los ataques de pánico, tampoco tan novedosos pues podemos rastrearlos en la clínica psiquiátrica decimonónica.

Aunque la clínica privada es limitada para atrevernos a hacer generalizaciones, insuficiencia que más bien nos debe convocar a llevar a cabo más



frecuentemente investigaciones sobre, por ejemplo, las demandas de atención en los niños, en los centros médicos, en los hospitales, de carácter cualitativo más que estadístico, y que son escasas en nuestro medio, es más, con el riesgo a pecar de radical, diría que en ausencia de investigaciones, estas categorías nuevas se imponen, y no dejan de ser más que el resultado de una práctica positiva, descriptiva y clasificatoria en la que se desconoce lo infantil en tanto estructural, lo cual motiva y sostiene el círculo al que se ve el niño y su familia encadenado, en una dinámica absorbente de la serie de tratamientos farmacológicos, remisiones y derivaciones profesionalizantes iniciadas en la escuela por el educador, al psicólogo, de éste al psiquiatra, quien sugiere un neuropsicólogo y el cual termina por remitir a terapeutas del lenguaje, del aprendizaje, de la memoria, de la inteligencia, podríamos decir, de todas las funciones básicas y superiores del yo.

Sorprende que, si bien es evidente que este niño sufre y por esto ocupa la atención de la institución y del adulto, sufrimiento que podemos interpretar también como la manera privilegiada a través de la cual consigue la mirada del otro, aunque a su vez objetándola; este niño no obstante, excluye de la atención del adulto y de las instituciones, al niño *normal*, ese niño juicioso, bien adaptado, aquél que consigue todas las medallas, que hoy más que objeto de envidia de sus pares, es de burla, de exclusión por ser la mano derecha del maestro, sobre este niño no



hay pregunta, no se le interroga quién es, y menos la pregunta si él sufre. Y aunque afortunadamente este niño no es sometido a la dinámica asistencial descrita, que hace mercado, para el psicoanálisis este niño también sufre, lejos está para el psicoanálisis la idea del paraíso de la infancia. ¿Por qué? Porque el sufrimiento no es para el psicoanálisis la medida de la adaptación; el sufrimiento es condición estructural; el sufrimiento está condicionado por varios aspectos que podemos plantear como hipótesis para responder a la pregunta ¿de qué sufre un niño? Y a partir de las respuestas podemos argumentar por qué el psicoanálisis sostiene una práctica con niños, radicalmente diferente de la terapéutica que lo hace objeto, pues el psicoanálisis se interroga quién es, su práctica no es una ortopedia a las demandas sociales que se encarnan en los pedidos institucionales sobre el comportamiento del niño. Las instituciones cumplen esta tarea de imponer renuncias, no es ésta la cuestión que se interroga, lo que merece cuestionarse es de qué manera se cuenta o se desconoce con el sujeto en su condición de sujeto de deseo y que para el psicoanálisis es la medida del sujeto social, en lugar de aquel que se construye con el vaciamiento sobre él de los imperativos partiendo del supuesto que todo debe dársele a este niño objeto para que llegue a ser, por eso las prácticas terapéuticas consisten precisamente en las correcciones, ajustes, adquisiciones que persiguen en sus intervenciones con un niño.



Desde esta perspectiva entonces, *el niño sufre de su prematuración* que representa el desencuentro entre la maduración del órgano y la construcción de un cuerpo que se hace por un nacimiento anticipado en el lugar del Otro, en el campo del lenguaje desde donde es llamado, nombrado y donde existe *antes* inclusive de nacer, nos enseñan Freud y Lacan. Esta prematuración implica a la vez su desvío de la condición instintual y el germen del desencuentro radical con la necesidad y la angustia por la condición pulsional que lo acosa, que lo avasalla, que lo empuja y que entonces, para poder bajar los niveles de esa tensión que no logra aliviar y que condiciona la marca de su frustración, motor de su búsqueda y causa de su alienación, se funda así la otra razón de su sufrimiento, esta alienación lo somete a la condición de objeto, de una parte, y de otra al arbitrio del capricho del Otro, que no pocas veces peca de exceso y a la que el niño está sometido, encadenado podríamos decir, asaltado, pues se trata de la bolsa o la vida, nos dirá Lacan.

La maduración, que no da espera, también es motivo de sufrimiento para el niño, porque en razón de ella nuevas demandas se imponen, muchas veces sin ser explícitas, en el sentido de ser mediadas por la palabra que le permita al niño una vía de representación, de saber a qué está abocado en este desarrollo ineluctable. La duda, la imposibilidad de aprehender eso que siente, percibe, pero que se le escapa entre las huellas o marcas representantes, lo *a*-ngustia, pues ellas evocan un



objeto que no está y lo *a*-gobia, como dice Freud: “Pero si después uno toma bajo tratamiento psicoanalítico a un neurótico adulto que, se supone, sólo en la madurez ha contraído su enfermedad manifiesta, por regla general se averigua que su neurosis se anuda a aquella angustia infantil, es su continuación”³

Esta angustia infantil que Lacan aclara en el seminario 10 que, *no es sin objeto*, “no ... sin”⁴, este “no ... sin” advierte ser el indicador de la relación del sujeto al objeto y entonces, a su condición de existencia, no poder ser *sin* advenir en el lugar del falo simbólico, no puede ser *sin tenerlo*, pero este *sin tener*, al tratarse del falo simbólico, implica la ausencia, es decir, la castración. Condición angustiante insoportable ante la cual el sujeto, en tanto pulsionante busca, partiendo de su falta, del menos de objeto, una recuperación, una ganancia de esa pérdida en los objetos parciales que son marcados también por el menos al no ser ellos, pero que permiten al sujeto arañar un goce, el plus de goce y la condición de la construcción fantasmática como pantalla o mejor, *espejismo del espejismo* del sujeto con el objeto de su satisfacción que hace cuerpo en el síntoma. Condición éste de su separación del Otro que también entonces lo hace padecer (pas-deser, de-ser, no no ser) fórmula derivada del fantasma, de la cual el síntoma hace al sujeto; él es en su

³ Freud, S. (1993). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. 10). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1909)

⁴ Jacques, L, Seminario 10 clase 7, versión digitalizada de la base documental Folio Views (4.2).



síntoma. Síntoma que tal como se desprende en la enseñanza de Lacan permite al sujeto objetar al Otro, separarse del Otro y marcar con esta separación la posibilidad de su advenimiento como sujeto de deseo, y entonces, marca de su división que lo hace padecer en su adultez, de esta manera podemos entonces concluir que lo que hace sufrir al adulto es el niño que sufre, niño que sufre como el adulto, de esta sexualidad pulsionante, causa de su división y de su desencuentro radical con el objeto, marca de su imposibilidad, pero razón también de su producción cultural y social. Lógica que muy claramente Lacan señala en su seminario *El reverso del psicoanálisis*, con su matriz la *demansión*, medida de esta realidad hecha de discurso y posibilidad de lazo social. Discurso que proviene del *lalanguero* infantil, gramática de la pulsión, escritura hecha cuerpo, de un cuerpo que debe gozar con poco.

El hombre padece del hecho de que su sexualidad no se juega en el orden de la necesidad, el niño es la muestra de ese padecer *pade ser, no de ser*.

La pulsión, las pulsiones infantiles son la causa de la formación de síntoma, sirven de apuntalamiento para encontrar la forma de satisfacción sustituta ante el desencuentro sexual, es decir, ante la imposibilidad de la proporción sexual, del encuentro con el objeto que marca y *amarga* la sexualidad humana, amar *gura* que no obstante, *inaugura*.



Referencias bibliográficas

- Freud, S. (1993). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. 10). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1909)
- LACAN, Jacques. Seminario 10 clase 7, versión digitalizada de la base documental Folio Views (4.2).